

CANTOS MODERNOS

POR R. D. PERÉS, ILUSTRADOS POR APELES MESTRES

Primera serie.—1888

PERÉS, conocido ya como crítico y poeta, oficia en esta obra de poeta y crítico á un tiempo, y con la colaboración del dibujante Apeles Mestres, nos presenta un libro recomendable: por las ilustraciones, que son preciosas; por el prólogo, estudio de lo que debe ser la lírica contemporánea, digno de la mayor atención, y por las poesías, que llama el autor modestamente: esbozo de prueba.

El prólogo contiene toda una teoría; es todo un programa: los cantos que le siguen, su realización. El Sr. Perés no ha sabido sustraerse á su dualidad literaria. ¿Hizo bien? A mi ver, no. Tratándose de poesías, ¿tenía más que hacérsenosla sentir desde luego? Mal va para ella, cuando se discurre mucho sobre ella; de esencia nefable, se convierte en humo en la retorta del análisis. Aunque el autor saque en su abono los repetidos ejemplos de muy grandes reformado-

res, ha perjudicado siempre á la obra artística, la proximidad de la teoría que precedió á su concepción; pareció siempre mejor en su hermosa virginidad, engendro del amor entusiasta é inconsciente; denuncia cierta frialdad reflexiva de artífice, el dualismo del escritor que en unas páginas nos da un programa, y en otras su formal cumplimiento.

Pero el programa es bastante notable para hacerse perdonar su intrusión en el libro. Aceptable, á mi juicio, en muchos puntos, me permitiré señalar las que creo sus deficiencias.

Perés se declara desde un principio enemigo irreconciliable de la falsa poesía española: de esa poesía en el estilo gárrula, más oratoria que lírica, y vaciada en moldes retóricos; en su fondo no sincera, sustituyendo propias y sentidas impresiones de la realidad por el convencionalismo de los libros. Perés examina sus géneros, con arreglo á la división antigua: oda, elegía, soneto, sátira... Nada tan fundado como abominarlos, pero... ¿qué? ¿no han muerto aún?... ¿merecen todavía tales lanzadas? ¿serán como aquellos soldados rusos que aun después de muertos, había que darles un empujón para derribarlos? El autor los considera muertos, pero se ceba aún en la oda. Por mi parte, en cuanto alcanza mi vista, no hallo en España poeta alguno, digno de este nombre, que la cultive. Si el raudal, nunca agotado, de la fraseología huera, sigue anegando ilustraciones y revistas, sólo en los más rezagados se vacía aún en la urna panzuda de la oda, ó sólo

como alarde literario, en las celdillas simétricas de los tercetos y las liras.

Parece, pues, por de pronto, que hay cierto ensañamiento en el revolucionario prologuista, pero á poco, se advierte que aquel odio es en el fondo amor: combate el crítico la oda, porque la ama... aunque la ama en su pristino estado. Y des- punta debajo del revolucionario, el clásico, y aun en ciertas concesiones al enemigo muerto y en pie, el retórico. «La oda fué en la antigüedad, »espontánea, sincera en el fondo; breve y con- »cisa en la forma; la convención la alteró á tra- »vés de los siglos con imitaciones de imitaciones; »cánones posteriores mataron el espíritu y deja- »ron la letra». Perfectamente; no sólo de éste, sino de los otros géneros, puede decirse algo parecido á la frase de Mme. Stael: «lo nuevo es »la tiranía, la convención: lo antiguo es la li- »bertad, la emoción sincera». Y por aquí reaparece en las páginas de Perés, como en las de otros críticos contemporáneos, la corriente clásica, que después de haberse deslizado subterránea durante siglos (algunos de los cuales creyeron abrevarse en ella), brota en los huertos de Chénier, de Copwer y de Burns, y luego con más ancho caudal, en marmórea taza, en los palatinos jardines del Dios-Göethe. Concediendo por ahora que éste haya sido el curso de la corriente, este respeto y aun admiración á tan insignes poetas, nos denuncia otra propensión oculta del crítico; no sólo se inclina á la simplicidad en las formas, y á la emoción sincera: la que siente y prefiere

él, parece hasta aquí la templada, serena, eurítmica en todo, del maestro tantas veces llamado Júpiter Olímpico de Weimar.

No es sin embargo el inmediato maestro de nuestro poeta, Göethe, sino Heine, en quien *las pulsaciones modernas* del primero, adquieren un movimiento febril, ó se convierten en latidos tempestuosos; pero tampoco es esta fiebre la que en Heine le seduce, ni perdona á su imitador Becquer su genio idealista y soñador. Y aquí está el último toque: el naturalismo: á la sobriedad de galas del genio latino, á la emoción templada y sincera, quisiera añadir Perés la condición de que en el fondo y la forma «se ajustase la poesía á la verdad constantemente estudiada»; sobreponer á la melodía el concepto, y el plasticismo de la imagen y la cinceladura del verso á las vaguedades de la fantasía. ¡Magnífica fórmula, brillantemente expuesta por Perés, pero quizás despótica y estrecha, como todas, cuando se declara única; la más aceptable, sin embargo, hoy por hoy, como reacción contra el abuso de las cualidades opuestas!

Pero, después de aquel análisis discreto, nos decimos: ¿y la poesía en qué consiste? Hemos labrado el vaso, con arreglo á nuestro gusto, pero ¿y el licor? La esencia de la poesía lírica se halla muy por encima de todos estos cánones, y se derrama por los aires con independencia de ellos. Por mi parte, hubiese preferido á un programa de sus formas adecuadas á nuestros tiempos, una lírica enumeración de sus fuentes como

un manifiesto de propaganda. Todavía nos atenemos demasiado á la letra, y descuidamos el espíritu. La esencia de la poesía lírica es una especie de exaltación pasajera, más frecuente en la juventud que en otras edades, que halla un encanto inefable en la realidad, opuesto de todo en todo á su aspecto común y cotidiano, y en el sentimiento, un algo distinto, absolutamente distinto del experimentado por quien no es poeta. La esencia de la poesía lírica consiste en pintar en la imaginación los objetos con líneas más salientes y colores más vivos de los que tienen á los ojos vulgares; el poeta ve lo esencial de tales objetos y prescinde de accidentes: así, por ejemplo, resalta á su mirada en la locomotora, la rueda primitiva y el penacho de humo, y la convierte en tipo de la máquina-monstruo sorbiendo la distancia, mientras el ingeniero cuenta las piezas, y adivina por ellas la marca de fábrica; así también, en un embarque de tropas, imagina de pronto una nación alzada en armas, la bandera al viento, cuando el novelista concebiría con la misma escena reales episodios de existencias individuales. Este singular estado de exaltación enlaza con el misterio universal de las cosas, las vibraciones del sentimiento humano: amor, entusiasmos, tristezas, adoración, elegancia, gracia, suntuosidad, etc., con independencia de la razón, y á veces oponiéndose á ella, con independencia de la moral, y á veces clamando contra su freno previsor. Si á tanto llega, menos respetará leyes literarias, ni se

resignará á admitir recetas para sus procedimientos. Un estudio analítico posterior, puede indicarle lo que debe evitar, pero no más. ¿Dominará en el canto del poeta la melodía ó el plasticismo? De ambos modos ha de conmovernos, si es poeta. ¿Escribirá en prosa ó en verso? Siempre será poeta. ¿Encerrará brevemente su inspiración en un par de estrofas, ó se dilatará á su gusto? Poeta siempre. Como su emoción sea sincera, él hallará imágenes nuevas con que sustituir las convencionales, y el ritmo propio, y la naturalidad esencial que nos persuade. Esta su poesía verdadera palpitará en cuanto escriba. Ya que para la ejecución le sea necesaria la labor, no será ésta nunca tan meditada, tan premiosa, como la del joyero, con mandil atado á los riñones, el soplete en la mano y el modelo de moda á la vista.

Más: esta sinceridad de emoción forzará al poeta á ser, aun contra su voluntad, moderno de todo en todo: moderno en el modo de contemplar las ideas, moderno en la expresión, moderno en los asuntos. Porque así lo creo, me parece difícil alcanzar hoy aquella serenidad pagana, propia de una civilización menos fatigada y atormentada que la nuestra, que ha removido y enturbiado todos aquellos Hipocrenes tan cristalinos de la fábula. Por eso disiento igualmente del prologuista, con ser sus cantos *modernos*, cuando con refinado desdén no quiere que se incluyan en esta denominación los que dan voz á sentimientos colectivos de la humanidad: decepciones

y entusiasmos colectivos de la ciencia, de la política, de la historia contemporáneas, tan grandiosamente poemática esta última, contra lo que creen los más. No; aun en la lírica, no es toda la poesía ese trabajo que consiste en tallar y pulir breves joyas de hombre elegante, ni esa auscultación eterna de los propios latidos en confortable despacho. No fué así Heine, el maestro; si escribió un *Intermezzo*, puso el grito en el cielo en sus *Tejedores de Silesia*, preocupado con la cuestión social; si suspiraba enamorado, vivió y murió de la enfermedad de su siglo, batiéndose en las luchas actuales.

Febrero.